

27.
CORAZÓN DE JESÚS
FUENTE DE TODO CONSUELO

Cor Iesu, fons totius consolationis

P. Santiago Baudry, Sacerdote argentino
Misionero en Francia

1. Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso (Mt 11,28), porque soy el Dios de toda consolación (2 Co 1,3; Ro 15,5).

No estamos concediendo un nombre piadoso a Nuestro Señor, cuando decimos que la morada de su Corazón precioso es la fuente de todo consuelo. Estamos simplemente aceptando la Sagrada Revelación. Volviendo nuestra mirada hacia el Corazón traspasado por la lanza, podemos escuchar las palabras que Nuestro Señor dirige a la samaritana: *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice 'dame de beber', le pedirías tú, y Él te daría agua viva... el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en una fuente de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,10.14).*

La Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios de toda consolación, se hizo hombre «para que el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convirtiera en hijo de Dios»¹. «Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios»².

Haciéndose uno de nosotros, conociendo nuestras penas porque comparte nuestra vida humana, nos invita a descargar sobre Él todas nuestras fatigas, desolaciones, problemas, tristezas, pecados, nuestro

¹ SAN IRENEO DE LYON, *Adversus haereses*, 3, 19, 1.

² SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *De Incarnatione*, 54, 3: PG 25, 192B.

«yo»... para darnos el descanso más precioso que puede dar, y que nos deja saciados, fuente de vida eterna: Él mismo.

Esto nos permitirá decir con San Pablo: *vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí. Y mi vida de ahora en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí* (Ga 2,20).

2. Detengamos nuestra mirada delante del costado abierto de Nuestro Señor, y contemplemos la Fuente de Amor que se esconde en su interior: un Corazón rebosante de alegría de saber que se manifestará a nuestras sedientas almas para hacer crecer el mismo Amor en el árido desierto de nuestra vida.

«He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, que nada escatimó hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor...». Esta Santísima Fuente, que reveló a Santa Margarita María, por medio de estas palabras, el resplandor de su Caridad, se dirige actualmente a cada uno de nosotros. ¡Si tuviésemos la gracia de ver el rostro afable de Jesucristo, lo veríamos desbordante de luz, expresando bondad y misericordia! Si no podemos verlo físicamente, sabemos que, por medio de la mirada de la fe, podemos contemplarlo. Cuando lo adoramos en el Santísimo Sacramento, se manifiesta a nuestras almas y nos habla.

«He aquí el Corazón...» del Hombre-Dios, del Verbo que, antes de su Encarnación, no miró como un privilegio el ser considerado Dios, sino que se despojó a sí mismo, tomando para sí una naturaleza humana como la nuestra (cf. Flp 2,7). Antes de entrar en el mundo, siendo la Sabiduría, conocía lo que habita en el corazón humano. *Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos* (Sl 139,1-2).

Siendo la Sabiduría, no se contentó con tener este conocimiento absoluto de su imagen y semejanza, del hombre, sino que quiso

compartir los mismos sentimientos y ser la imagen y semejanza, tomando la condición humana. No quiso utilizar más alegorías humanas para hablarnos, sino que quiso hablarnos de igual a igual. Decidió conocernos y amarnos con un Corazón humano. «He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, que nada escatimó hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor...».

No endurezcamos nuestros corazones. Veamos con fe lo que ha hecho y hace este Corazón Santo en nuestra vida cotidiana. No pongamos más a prueba la bondad del Señor, exigiendo que se manifieste aún más. No tentemos al Corazón de Amor y escuchemos hoy su voz.

«He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres, que nada escatimó hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor, y que, como retribución, de la mayor parte solo recibe ingratitudes». ¡Cómo esta declaración nos debería conturbar!

La ingratitud que tenemos que reconocer es la de no considerarlo como la Fuente de nuestro consuelo. A pesar de tantas manifestaciones de Amor, continuamos buscando fuera de la Fuente, un consuelo en nuestras cruces, debilidades y problemas. Buscamos en cualquier lugar, salvo en la Fuente de todo Consuelo.

Hablamos de todos nuestros problemas sin discernimiento, o no hablamos a nadie. Nos quejamos de los que nos hacen mal, y hablamos mal de ellos. Analizamos lo que pasa en la sociedad actual, en la Iglesia, en nuestras familias, y caemos sea en el desconsuelo o peor, en la desesperanza. Todo oscuro. Todo negro. Y esas tinieblas obscurecen nuestro corazón, nuestra inteligencia, debilitan nuestra voluntad. Constatamos y no hacemos nada.

¡Ingratos! Ingratos, ya que no vamos con fe hacia el Corazón de Jesucristo. Ingratos, ya que no vemos con fe lo que hace por nosotros.

Ingratos, ya que nos consolamos de los males que nos rodean a la manera del mundano, quejándonos interiormente (descargando emocionalmente sobre/contra los demás), viviendo la impureza, llenando nuestros vacíos comprando objetos, gastando dinero, queriendo que los demás piensen en mí, con consolaciones pasajeras. Consuelo de vivir en la moda del tiempo presente. Consuelo de amoldarnos a esta sociedad, sea en lo que pensamos o en lo que tenemos. Consuelo del tiempo perdido en cosas que no son Dios, ni de Dios.

¡Detente! ¡El Corazón de Jesús te está diciendo y mostrando que te ama!
¡Ya se consumió por nosotros! ¡Detente! No pasemos de largo, buscando consuelos en otros nidos. La Fuente de todo consuelo no es incapaz de compadecerse de nuestras debilidades (cf. Heb 4,15). *Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno* (Heb 4,16).

3. No nos cansemos de contemplar el Costado Abierto, y el Corazón que está adentro, esperándonos. Digámosle como Santa Gemma Galgani, quien dirigiéndose al Cristo de la casa Giannini le dijo: «¡Oh Jesús, déjame venir hacia Ti, tengo sed de tu Sangre de vida!», y dejémonos abrazar por Jesucristo, por medio de la gracia.

El Padre Eterno nos ha dado todo, dándonos su Hijo Jesucristo. ¿Cómo podemos buscar consolación fuera de Él?

«No me quitarás, Dios mío, lo que una vez me diste en tu único Hijo Jesucristo, en que me diste todo lo que quiero. Por eso me holgaré que no te tardarás si yo espero. ¿Con qué dilaciones esperas, pues desde luego puedes amar a Dios en tu corazón? Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías; y el

mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. Pues ¿qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. Sal fuera y glóriate en tu gloria, escóndete en ella y goza, y alcanzarás las peticiones de tu corazón»³.

Busquemos en el Corazón de Cristo la consolación verdadera, duradera y eficaz⁴.

Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla (Jn 4,15); ¡Señor, dame el consuelo de tu presencia en mi vida; dame el consuelo de Ti, para quedar saciado de Ti!

¡Dentro de la llaga de tu Corazón, escóndeme! No permitas que me separe de Ti, ni busque fuera de Ti el más mínimo consuelo. Que el mundo no me engañe. ¡Sólo Tú, Tú solo!

Jesús no se cansa de decirnos: «Ven querido amigo, no te quiero consolar con artimañas, ni con nimiedades. Quiero consolarte con el regalo más precioso que te puedo dar: Yo mismo, mi Ser, mi Amor. Ven a esconderte en mí. Ven por la oración a descansar en mi costado. Ven a descansar a mis pies, por medio del servicio de mis pequeños. Ven a descansar entre mis manos por medio del cansancio de la caridad. Ven a descansar en cada Eucaristía. Quiero ser la Fuente de todos tus consuelos».

³ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Oración del alma enamorada*.

⁴ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Angelus* (13/8/1989).